

MARRUECOS, EL ÚLTIMO SUEÑO IMPERIAL DEL FRANQUISMO¹

Rocío Velasco de Castro
Universidad de Extremadura

1.- El imperio africano de España: una quimera perseguida por el franquismo

La ayuda prestada por la Italia de Mussolini y por el Tercer Reich en la guerra civil suponía que Franco tendría que mostrarse especialmente receptivo al Eje tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esta deuda se unía a la convergencia ideológica en torno al ideario fascista y a otras motivaciones inferidas de la configuración de los dos bandos en conflicto. En virtud de esta última circunstancia, el Gobierno español concibió la posibilidad de ampliar sus posesiones coloniales en suelo norteafricano si finalmente se producía la derrota de los Aliados. Las primeras victorias del Eje reforzaron esta aspiración, hasta el punto de considerar plausible la anexión de los territorios coloniales franceses en el Magreb, objetivo para el que Franco confiaba en contar con el beneplácito de Hitler.

Estas veleidades expansionistas se vieron alimentadas por el creciente protagonismo que iba cobrando el territorio africano en el conflicto mundial² y por algunos de los encuentros mantenidos con las

¹ Este artículo ha sido elaborado en el marco del Proyecto de Investigación DER2013-42039-P, cuyo título es “Evolución de las jurisdicciones especiales como instrumentos de control político-religioso, de seguridad y de orden público”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en la Convocatoria 2013 de Proyectos de I+D del Subprograma de Generación de Conocimiento, dentro del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científica y Técnica de Excelencia.

² Como analizan, entre otros, MORALES LEZCANO, V., *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, 1986, pp. 133-136; BACHOU, A., *Franco*. Barcelona, 2000, pp. 203-274; y GARCÍA PÉREZ, R., “España y la Segunda Guerra Mundial”, en TUSELL, J. et al. (eds.), *La política exterior de España en el siglo XX*. Madrid, 2000, pp. 301-322.

autoridades alemanas, en los que el compromiso de cumplir con esta reivindicación se barajaba como principal contrapartida si España entraba en la guerra.

Todos estos factores condujeron a que desde 1939 hasta 1942, el gobierno franquista desarrollara en el territorio nacional y en su colonia marroquí una activa política germanófila en que ello supusiera la interrupción de los contactos con británicos y franceses, acorde con el pragmatismo desplegado durante la guerra civil³.

Y lo mismo cabría decir respecto a la política colonial, que evidenciaba una línea continuista en no pocos aspectos respecto a las directrices que tan buen resultado habían dado durante el enfrentamiento fratricida: la utilización de aquellos elementos que podían fomentar un acercamiento con las elites marroquíes conducente a la formación de un frente contra el enemigo común. En función de este planteamiento, el gobierno francés era considerado el único responsable de la represión ejercida por el yugo colonial bajo el que vivían sometidos los marroquíes, mientras los españoles renegaban de dichas prácticas mediante la adopción de una serie de medidas cosméticas convenientemente promocionadas dentro y fuera de la Zona.

En el terreno cultural, la civilización andalusí y las subvenciones para actividades religiosas, culturales y educativas dentro y fuera de Marruecos, constituyeron un primer eje que ya había sido iniciado por el general Beigbider durante sus primeros años al frente de la Alta Comisaría. De esta forma, la política cultural no sólo contribuía a relegar las aspiraciones independentistas que distanciaban a españoles y marroquíes, sino que introducía un matiz hasta cierto punto diferenciador respecto a la política colonial ejercida por una España más tolerante y cercana histórica y culturalmente a Marruecos.

A nivel interno, la implementación de esta francofobia se articulaba en torno al tradicional argumento según el cual los franceses habían impedido que los herederos de los Reyes Católicos ejercieran sus “derechos históricos” sobre el Magreb acorde con lo estipulado en el famoso testamento de la reina Isabel. A este elemento se unía un motivo de peso: su alineación con el bando republicano, a

³ PRESTON, P., *Franco “Caudillo de España”*. Barcelona, 1998, p. 360.

cuyos miembros socorrió y dio asilo. Por lo tanto, y en estos primeros lances de la contienda, la debilitada posición de los aliados ofrecía una oportunidad única para resarcirse de la frustrada misión africana y de la ayuda prestada al enemigo durante la guerra civil⁴.

En cuanto a la literatura generada para difundir esta visión idílica de la política colonial y de la España imperial, se basaba en un discurso que combinaba los dos aspectos anteriormente mencionados: el legado cultural común y la intensificación de las diferencias entre el colonialista francés y el español. En consecuencia, mientras el primero era definido como “un profesional” que vivía de realidades y posibilidades manejando empresas y negocios, el segundo era considerado “un romántico” que se sustentaba de teorías y tradiciones, moviéndose “sin positivismo utilitario”⁵.

A la continuidad de este discurso que, insistimos, ya había sido ampliamente utilizado y promocionado por el coronel Beigbeder, se sumaron una serie de actuaciones concretas destinadas a conseguir la colaboración indígena para el cumplimiento de los objetivos del régimen. Algunas de estas medidas se habían adoptado durante la guerra civil, como el reconocimiento a la participación de las tropas marroquíes mediante la ayuda económica a ex combatientes y viudas y huérfanos de guerra (1938)⁶ o las entrevistas del conocido ideólogo y periodista libanés Amîn al-Rihâni al Jefe del Estado español y al Alto Comisario en las que se daba testimonio de la “hermandad hispano-marroquí” (1939)⁷.

Sin embargo, el más que limitado alcance en la mejora de la vida cotidiana de los habitantes de la Zona puso de manifiesto el carácter político y puramente propagandístico de estas prácticas. Y lo

⁴AVILÉS, J., “Un país enemigo: Franco frente a Francia 1939-1944”, en *Espacio, Tiempo y Forma, serie V*, nº 7, 1994, p. 109.

⁵ARQUÉS, E., *El momento de España en Marruecos*. Madrid, 1942, p. 140.

⁶Como ponen de manifiesto, entre otros, IBN AZZUZ HAKIM, M., *La actitud de los moros ante el alzamiento. Marruecos 1936*. Málaga, 1997, p. 76 y MERROUN, M., *Las tropas marroquíes en la guerra civil española (1936-1939)*. Madrid, 2003, pp. 212-215.

⁷Véase RUIZ BRAVO-VILLASANTE, C., *Un testigo árabe del siglo XX: Amîn al-Rihâni en Marruecos y en España (1939). Traducción de Al-Magrib al-Aqṣà y Nûr al-Andalus*. Madrid, 1993, pp. 560-574 para Franco y pp. 263-280 para Beigbeder.

mismo cabría decirse, aunque por otras razones, de las disposiciones adoptadas para tratar de mejorar la situación económica.

Pese a la buena disposición mostrada por las autoridades en sus discursos y agradecimientos públicos: "...Nuestra intención sincera, nuestra lealtad para el pueblo marroquí, el respeto a la personalidad de esta nación, nuestro deseo verdadero del bienestar de este pueblo hermano por tradición, por historia, por sentimiento y por la sangre derramada en la victoria común"⁸, etc., la metrópoli, arruinada por la guerra civil, estuvo imposibilitada durante mucho tiempo para hacer cualquier tipo de esfuerzo financiero encaminado a remediar la difícil situación del Protectorado⁹.

A pesar de no poder hacer frente al autoabastecimiento de la población indígena, desde el final de la guerra civil hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, España experimentó una mayor interdependencia económica con Guinea y Marruecos¹⁰. Seguía así la tendencia de los años treinta, durante los cuales las colonias españolas habían aumentado sus aportaciones a la Península. Por lo tanto, las necesidades económicas del régimen en el contexto de una contienda mundial¹¹ también habrían contribuido a sustentar el imperialismo africano.

A este factor se sumó el ideológico de carácter irredentista reflejado, ya desde febrero de 1938, en la adopción de una simbología acorde a dichas ambiciones: la corona y el escudo imperial de Carlos I, con las columnas y el lema *Plus Ultra*, al tiempo que se mantenía la Guardia Mora, símbolos del estatus imperial del Caudillo y de su

⁸BEIGBEDER, J., *Discurso pronunciado por el Alto Comisario de España en Marruecos, Coronel Juan Beigbeder en el acto en que el filósofo libanés. Aminer-Rihani fue nombrado director honorario del Centro de Estudios Marroquíes de Tetuán (20 de junio de 1939)*. Larache, 1940, p. 9.

⁹AZIZA, M., *La sociedad rifeña frente al protectorado español de Marruecos (1912-1956)*. Barcelona, 2003, p. 174.

¹⁰ CLARENCE-SMITH, W. G., "The Economic Dynamics of Spanish Imperialism", en MORALES LEZCANO, V. (ed.), *Segunda aula Canarias y el Norte de África*. Canarias, 1986, pp. 17-26 y MORALES LEZCANO, V., *Historia de la no-beligerancia española durante la segunda guerra mundial (VI, 1940-X, 1943)*. Canarias, 1980, pp. 128-129.

¹¹PENNELL, C.R., *Morocco since 1830: a History*. London, 2000, p. 256.

expansión hacia el Magreb y ultramar¹². Pero la realidad era que, en vísperas del conflicto mundial, los dominios españoles se reducían a unos pequeños territorios que constituían la colonia de Guinea, además del Sáhara, Ifni, las llamadas plazas de soberanía y el protectorado marroquí¹³. Y todo ello en virtud de su debilidad económica y militar y de su posición geo-estratégica, motivos por los que Francia y Gran Bretaña acordaron asignarle el papel de estado colchón entre sus respectivos intereses.

Frente a a esta supeditación, ideólogos del régimen que hasta entonces habían mostrado una posición prudente se sumaron a partir del estallido de la guerra mundial al expansionismo más radical¹⁴. Quizá el mejor exponente de esta tendencia caracterizada por un triunfalismo, según algunos autores derivado de la ideología falangista¹⁵, sea *Reivindicaciones de España*. Publicado por el Instituto de Estudios Políticos en 1941, participaban en sus páginas importantes figuras del régimen como Tomás García Figueras, José Díaz de Villegas, José María Cordero Torres, Luis Carrero Blanco, José María Areilza y Fernando Castiella. Todos ellos exponían detalladamente los cuatro objetivos en los que la España imperial debía extender su influencia: Filipinas, Hispanoamérica, el mundo árabe y el Mediterráneo.

En 1939, Amín al-Rihânî se refería a este proyecto imperial en los siguientes términos:

“La Nueva España tiene unas metas nacionales que van más allá de sus posesiones en el Atlántico y el Mediterráneo, pues ansía recuperar, al menos en las repúblicas sudamericanas, su influencia económica y

¹² Como menciona PRESTON, *Franco*, pp. 387 y 405, estos símbolos, junto al águila imperial y al yugo y las flechas de la Falange ya se habían instaurado durante la guerra civil como la imagen de la Nueva España.

¹³ Para la génesis y evolución de la presencia española en África, véase CARRASCO GONZÁLEZ, A. M., *El reino olvidado. Cinco siglos de la historia de España en África*. Madrid, 2012.

¹⁴ Véase como muestra GARCÍA FIGUERAS, T., *Presencia de España en Berbería Central y Oriental. Tremecén, Argel, Túnez y Trípoli*. Madrid, 1943, p. 9.

¹⁵ Como lo define MARTÍNEZ MONTÁVEZ, P., *Ensayos marginales de arabismo*. Madrid, 1977, p. 117.

*renovar su dominio espiritual y cultural. Así, la Oficina de Propaganda de Tetuán, aunque dedicada a la zona jalifal, islas y territorios como Ifni, Río de Oro y las dos ciudades independientes de la Zona, colabora todo lo posible con la primera oficina, en España, para extender la propaganda, por su lengua y cultura, en los países hispanos, que fueron antiguamente posesiones suyas*¹⁶.

Si la tendencia hispanoamericana reflejaba las aspiraciones de la Falange¹⁷ y Filipinas las ambiciosas y delirantes expectativas expansionistas¹⁸, la árabe-africana representaba las de los altos mandos formados en el Protectorado. En este sentido, el general Díaz de Villegas, uno de los principales responsables del africanismo institucional franquista, definía la política española como “netamente africana, primordialmente africana, fundamentalmente africana”¹⁹.

Lo cierto es que Marruecos ocupaba un papel central en las reivindicaciones²⁰. Y de hecho, hay quien afirma que, dentro de estos planteamientos iniciales, España se habría conformado con la retrocesión de los territorios situados al norte del río Sebú, es decir, con lo que Francia le había ofrecido en 1904 y 1906²¹.

Por otra parte, el tono mesiánico contribuyó a difundir las consignas oficiales, entre las que se encontraba la concepción del Estrecho como el centro del mundo, cuyo control y dominio había

¹⁶ RUIZ BRAVO-VILLASANTE, *Un testigo árabe*, p. 285.

¹⁷ NERÍN, G. y BOSCH, A., *El imperio que nunca existió. La aventura colonial discutida en Hendaya*. Barcelona, 2001, pp. 49-50.

¹⁸ CORDERO TORRES, J. M., *Aspectos de la misión universal de España*. Madrid, 1944, p. 21.

¹⁹ DÍAZ DE VILLEGAS, J., *El Estrecho de Gibraltar*. Madrid, 1941, p. 91.

²⁰ SUEIRO, S., “España en Tánger durante la Segunda Guerra Mundial: la consumación de un viejo anhelo”, en *Espacio, Tiempo y Forma, serie V*, nº 7, 1994, p. 138 y TUSELL, J., *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial: entre el Eje y la neutralidad*. Madrid, 1995, p. 109, mencionan la sorpresa mostrada por el embajador británico en Madrid al comprobar, en 1940, que el africanista Beigbeder, ministro de Asuntos Exteriores, sólo hablaba de Marruecos.

²¹ NERÍN y BOSCH, *El imperio que nunca existió*, p. 44.

sido designado por Dios a la Nueva España²², que iba a cumplir una misión providencial en África²³. En este sentido, algunos apologetas del régimen, como Enrique Arqués, estimaban que la victoria en la guerra civil suponía un mérito añadido que validaba a España a ocupar su legítimo lugar como potencia imperial en África: “España necesita recuperar en África el lugar que legítimamente le corresponde en su derecho natural, el que se merece también por el sacrificio y la victoria de sus juventudes”²⁴.

En la misma línea, Cordero Torres enumeraba los logros realizados en política indígena a nivel espiritual y material, haciendo especial énfasis en las infraestructuras y en la autonomía de instituciones jalfianas destacadas, para señalar que estas actuaciones le permitían a España “dirigirse a las demás potencias solicitando comprensión y justicia para sus legítimas aspiraciones coloniales. El mantenimiento del "statu quo" africano aparece imposible, cualquiera que sea el final de la contienda mundial y sus derivaciones”²⁵.

Finalmente, y destinada tanto al consumo interno como externo, la argumentación geo-estratégica también fue ampliamente difundida por africanistas tan destacados como García Figueras²⁶. En la pluma del jerezano, las ansias coloniales franquistas eran revestidas de un legítimo derecho a defenderse de posibles amenazas externas, convirtiendo la agresividad expansionista en una simple medida preventiva del régimen.

Dentro de esta concepción, la recuperación de Gibraltar y la anexión de Tánger a la zona de protectorado español habían

²² Designios divinos alentados, según PRESTON, *Franco*, p. 404, por su estrecha vinculación con la Iglesia católica española y el Vaticano, de los que recibió muestras de apoyo tras la conclusión de la guerra civil.

²³ Véase DÍAZ DE VILLEGAS, J., *El Estrecho de Gibraltar*. Madrid, 1941 y *España, potencia mundial. La omnipotencia geográfica española*. Madrid, 1949.

²⁴ ARQUÉS, *El momento de España*, p. 152.

²⁵ CORDERO TORRES, J. M., *La misión africana de España*. Madrid, 1941, p. 93.

²⁶ GARCÍA FIGUERAS, T., *Santa Cruz de Mar Pequeña-Ifni-Sáhara: la acción de España en la costa occidental de África*. Madrid, 1941, p. 21 y *Marruecos (La acción de España en el Norte de África)*. Barcelona, 1944, p. 9.

constituido los principales objetivos de una política exterior española limitada por la supeditación a los designios de los intereses franco-británicos en la región. Ahora, el deseo de ver doblegados a Francia y Gran Bretaña era compartido con Mussolini y Hitler, dos grandes potencias militares, cuya colaboración en los planes anexionistas españoles podría suponer un desafío a esa hegemonía.

El problema de este expansionismo español es que había surgido con medio siglo de retraso: “España reclamaba su tajada de pastel en África cuando el resto de los comensales ya tenían su ración en el plato, y no iba a ser nada fácil que alguien renunciara a su porción por pura solidaridad.”²⁷

Además de Niza, Córcega y los departamentos de Saboya y Alta Saboya, Mussolini reclamaba Túnez, una porción de Marruecos y un puerto en el Atlántico, preferiblemente Agadir, así como algunas zonas de Argelia, motivo por el que el Duce consideraba excesivas las ambiciones coloniales españolas²⁸.

Por su parte, Alemania también tenía sus planes. Éstos incluían Camerún, el África ecuatorial francesa, la isla de Fernando Poo (capital de la Guinea española), y la adopción de una posición hegemónica en Marruecos, como se había perseguido desde los tiempos de Bismarck²⁹.

Obviando voluntaria o involuntariamente este choque de intereses, el éxito del Eje en los primeros compases de la guerra, y sobre todo a partir de junio de 1940, fue considerado por Franco como el momento de impulsar un nuevo reparto de África. La intención del gobierno español era anexionarse Tánger y, desde allí, emprender la unificación de los territorios españoles del norte con los del sur (Ifni y

²⁷ NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, p. 59.

²⁸ TUSELL, J. y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G., *Franco y Mussolini. La política española durante la Segunda Guerra Mundial*. Barcelona, 1985, p. 144, mencionan las duras críticas del Duce a la obra *Reivindicaciones de España*, por considerar desmesuradas las peticiones formuladas en sus páginas.

²⁹ MORALES LEZCANO, V., *España y el Norte de África: El Protectorado en Marruecos (1912-1956)*. Madrid, 1986, pp. 50-51.

el Sáhara), incluyendo también el Oranesado³⁰ y la zona de protectorado francés, además de los territorios comprendidos entre aquéllos y el golfo de Guinea. Para ello necesitaba el beneplácito de los fascistas, algo imposible habida cuenta de los intereses que acabamos de exponer.

Hitler no podía concederle a España lo que solicitaba porque entraba en contradicción con sus propios planes y con los de su aliado italiano. En consecuencia, el Führer trató de conciliar posiciones trasladando las miras de Mussolini a las posesiones británicas de Libia y Egipto mientras condicionaba cualquier acuerdo sobre las reivindicaciones expansionistas españolas a la utilización del suelo español como apoyo militar a las maniobras del Tercer Reich.

Entretanto, en agosto de 1939, el Caudillo ordenaba fortificar el Marruecos español y acantonar tropas en la frontera de la zona francesa. ¿Con qué objetivo? Lo más plausible es que no se tratara de una maniobra exclusivamente defensiva, pues también serviría de retaguardia para el avance de las tropas si éstas se internaban en la zona francesa. Otra cuestión sería analizar la capacidad real del ejército español y la manifiesta imposibilidad de acometer operación alguna sin la colaboración de alemanes y marroquíes. En cualquier caso, la concentración de tropas en la frontera cobraba sentido en un contexto ofensivo más que defensivo.

Así lo interpretaron los franceses tras ver cómo España se adhería ese mismo año al Pacto Anti-Komintern y manifestaba abiertamente sus ambiciones expansionistas³¹. Esta situación se sumaba a la invasión de Polonia, circunstancia que alertó a los responsables del Elíseo ante la posibilidad de que Hitler utilizara las bases aéreas y navales españolas de la Península y el Protectorado contra ellos³². Con el fin de evitarlo, en septiembre de 1939 Francia desplegaba su diplomacia para neutralizar una posible entrada

³⁰ En el que, como mencionan, entre otros, BACHOUD, *Franco*, p. 218, residían algo más de cincuenta mil españoles, sin contar los que se habrían refugiado durante el alzamiento militar.

³¹ Sobre la articulación política de la aversión franquista a Francia entre 1939 y 1944, véase AVILÉS, “Un país enemigo”, pp.109-134.

³² TUSELL, J., “El problema de Marruecos en el cuadro político internacional”, en SECO SERRANO, J. y TUSELL, J., *La España de Alfonso XIII: El Estado y la política (1902-1931)*. Madrid, 1995, p. 22.

española en el conflicto. En Madrid, a través de un conocido y respetado general Pétain del que se esperaba un buen entendimiento con Franco. Y en Marruecos, mediante un pacto de no agresión propuesto por el residente general Noguèsa su homólogo español.

A pesar de esta conciliadora actitud francesa, los discursos y escritos apologéticos del régimen continuaron difundiendo optimistas promesas de una restauración del gran imperio español. que habría de comenzar por la anexión de la Zona internacional: “Tánger ha tenido siempre, en todas las contiendas de la diplomacia europea, la rivalidad francesa frente a la preponderancia española.”³³

2.- La gran paradoja: el armisticio de Rethondes

En esta coyuntura, las tropas alemanas entraban en París el 14 de junio de 1940. Se establecía así el llamado gobierno de Vichy que negoció la firma del armisticio de Rethondes, rubricado ocho días más tarde. Entre sus veinticuatro puntos, se contemplaba la salvaguarda de las colonias africanas, que permanecerían bajo control francés. De esta forma, la caída de París acabó fortaleciendo la posición francesa en el Magreb.

Desde la óptica alemana, esta decisión cabría considerarse como pequeña concesión con la que se esperaba neutralizar a Gran Bretaña y mantenerla lo más aislada posible de su otrora aliada, al tiempo que militarmente se evitaba extender el conflicto a las costas norteafricanas, en las que la debilidad naval germana hubiera jugado en su contra frente al poderío francés³⁴.

Para Hitler, el acuerdo implicaba neutralizar, de cara a la guerra con Gran Bretaña, el poderío naval y colonial francés. Y, para Francia, salvaguardar sus colonias norteafricanas de un posible reparto.

Sin embargo, en una nueva contradicción derivada de la multiplicidad de combinación de factores que se dieron cita durante el conflicto, la situación no perjudicó tanto a los británicos como podría

³³ ARQUÉS, *El momento*, p. 103.

³⁴ AVILÉS, “Un país enemigo”, p. 118.

pensarse, cuya preocupación posiblemente hubiera sido mayor si España o Italia se hubieran hecho con el control de los territorios.

En cualquier caso, a Alemania tampoco le convenía debilitar el bloque formado con Italia ni mermar el apoyo de España, a pesar de que ambas verían desvanecidos sus respectivos planes que, por otra parte, ya habían sido canalizados con mayor o menor fortuna para que no resultaran irreconciliables. En este entramado de intereses, muchos de los términos rubricados en Rethondes se acordaron en la más estricta confidencialidad, entre ellos el del futuro de las colonias.

En este contexto, y aún desconociendo el acuerdo sobre las colonias francesas, cabría preguntarse hasta qué punto los responsables políticos españoles calibraron el alcance de Rethondes y las limitaciones de su propia actuación. Para tratar de responder a estas preguntas resulta fundamental abordar la anexión de Tánger (14 de junio de 1940) y el acuerdo de incorporación de Beni Zerual a la Zona española (5 de julio de 1940).

Antes de adentrarnos en sendos episodios, estrechamente vinculados con la política colonial y con la actuación del gobierno majzeniano, convendría aludir a la actuación de estos últimos y a su relación con los elementos nacionalistas. Para ello hay que recordar dos elementos que, aunque resultan obvios, no siempre suelen tenerse en cuenta: la supeditación de estas autoridades a las directrices impuestas por sus respectivas administraciones coloniales, y la existencia de otra serie de actuaciones realizadas por medios extra-oficiales a través de agentes de enlace existentes en las tres zonas que conectaban la mendubía tangerina, el gobierno jalifiano y el sultaniano con los líderes nacionalistas.

Al igual que el resto de actores participantes en los acontecimientos, los marroquíes hicieron uso de sus estrategias, participaron en negociaciones a varias bandas y se sirvieron de canales de comunicación confidenciales con el mismo fin que los demás: conseguir sus objetivos, que pasaban por la abolición del tratado franco-marroquí de 1912.

En estos primeros momentos del conflicto, las agrupaciones y partidos nacionalistas mantuvieron una posición bastante comedida

ante el desarrollo de la contienda. No obstante, partían de dos premisas históricamente refrendadas: las ambiciones coloniales de Francia habían provocado el reparto de Marruecos, y la actuación alemana contra dichas aspiraciones había ralentizado en algunos momentos clave el proceso de socavación de la soberanía del país magrebí.

Es cierto que en el caso alemán se trataba de un utilitarismo indirecto, pues Marruecos no era el fin sino el medio con el que negociar sus derechos sobre otros territorios, pero a pesar de esta circunstancia, las dificultades que planteó a Francia en sus aspiraciones le convertían en un aliado natural frente al invasor. El desembarco del káiser en el puerto de Tánger en 1905, con el que se forzó la celebración de la Conferencia de Algeciras, o la llegada del acorazado Panther en 1911, con la que Alemania consiguió parte del Congo francés, se contemplaban como algo positivo para el país magrebí. Y a todo ello se añadía un argumento de peso: la potencia militar del Tercer Reich.

Al igual que los españoles, los nacionalistas eran conscientes de que la maquinaria bélica alemana era la única en Europa capaz de imponerse al resto y de eliminar, por tanto, cualquier vestigio de dominación francesa sobre Marruecos. Si el objetivo era la independencia de Francia, Alemania era la llave³⁵. Si además España, a cuya administración colonial se encontraban sometidos, apoyaba al tercer Reich y presionaba para que Francia abandonara el Norte de África, los nacionalistas de la Zona Norte no dudaron en obtener el mayor beneficio posible de esta coyuntura a través de los contactos mantenidos con la Administración colonial, el Gobierno de Madrid y los representantes alemanes en Marruecos y en la Península³⁶.

Y todo ello sin abandonar su lucha contra el colonialismo (incluido el español) y la tradicional vinculación con los británicos, a cuyo estatus de “protegido” se habían acogido algunos destacados miembros de la elite urbana marroquí. Por lo tanto, y a pesar de su visible predilección por la victoria del Eje atendiendo a los motivos

³⁵ SAFFĀR, H., *Hizb al Iṣlāḥ al Waṭ anī (1936-1956)*. Rabat, 1988, p. 408.

³⁶ VELASCO DE CASTRO, R., “Las aspiraciones del nacionalismo marroquí en el marco de la Segunda Guerra Mundial: un pragmatismo mal entendido”, en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 2012, nº 34, pp. 277-305.

expuestos, nacionalistas tan destacados como Abdeljalak Torres³⁷ o Ahmed Balafrech³⁸ no sólo no interrumpieron la comunicación con los británicos al tiempo que se reunían con los alemanes, sino que intensificaron sus relaciones con los norteamericanos a medida que avanzaba la contienda.

En este contexto, caracterizado por el ejercicio de un pragmatismo no siempre bien entendido, la caída de París alimentó las pretensiones de españoles y marroquíes. Franco consideró que era el momento de dar el primer paso para construir el imperio soñado: Tánger, una quimera perseguida durante años, sería por fin española.

3.- La anexión de Tánger (1940-1945)

Las reivindicaciones españolas sobre Tánger eran de sobra conocidas y habían sido presentadas en numerosas ocasiones desde la instauración del *statu quo*. El puerto y ciudad de Tánger, así como su *hinterland*, se sometieron a una administración internacional, legalmente sancionada en 1923 en virtud de un Estatuto que firmaron Francia, España y Gran Bretaña, y al que posteriormente se adhirieron también Holanda, Bélgica, Suecia, Italia y Portugal. Pero fue Francia quien tuvo una posición hegemónica frente a España, la segunda potencia en importancia y la primera en cuanto a población residente en la Zona. Los sucesivos gobiernos españoles nunca aceptaron la preponderancia francesa, como tampoco el régimen de internacionalización, que consideraba una imposición de las otras potencias europeas³⁹.

³⁷ BENJELLOUN, A., *Approches du colonialisme espagnol et du mouvement nationaliste marocain dans l'exMarockhalifien*. Rabat, 1988, pp. 221-223; PENNELL, *Morocco since 1830*, p. 257 y WOLF, J., *Maroc: La vérité sur le Protectorat Franco-Espagnol. L'épopée d'Abd el Khaleq Torres*. París, 1994, pp. 227-228.

³⁸ Entre sus muchas actuaciones, llegó a entrevistarse en Alemania con el Ministro de Exteriores, von Ribbentrop, mientras en Tánger difundía propaganda anglo-norteamericana. "Jefatura Superior de Policía y Seguridad de la Zona. Nota 64-S de 13 de enero de 1943". Archivo General de la Administración (AGA), caja 2157.

³⁹ SUEIRO, "España en Tánger", p. 135.

La oportunidad que se le brindaba al nuevo régimen de promocionar el control sobre la zona internacional, pretensión en la que todos los gobiernos españoles anteriores habían fracasado⁴⁰, contribuyó a alentar un discurso mucho más ambicioso, sostenido además por las estrechas relaciones mantenidas con los fascismos, aunque estas últimas parecían no dar resultado. Italia seguía interesada en el Magreb y Alemania se mantenía en los términos ya mencionados.

Ante esta convulsa panorámica, la cautela que hubiese sido aconsejable contrastó con la grandilocuencia y confianza de las consignas propagandísticas que hablaban de la “sed de Imperio” que sería saciada en África⁴¹. Franco decidió actuar, entre otras razones, para evitar que Italia pudiera adelantarse a sus planes⁴². El jefe del Estado alertó al general Vigón (militar de su confianza y tres veces ministro del Aire entre junio de 1940 y julio de 1945) y al coronel Beigbeder, por aquel entonces ministro de Asuntos Exteriores, para que agilizaran las negociaciones sobre Tánger.

Las conversaciones de Beigbeder en Alemania y su petición al embajador en París, Lequerica, para que forzase a Francia a rubricar una nueva redefinición de la frontera hispano-francesa (retomando la establecida en los acuerdos de 1904 y 1906) a cambio de mantener la no beligerancia en la guerra, dan buena muestra no sólo de la complejidad de la situación, sino también de la actividad desplegada por la diplomacia franquista y de su consabida ductilidad⁴³.

De este episodio diplomático se colegiría que los españoles eran plenamente conscientes de las aspiraciones italianas sobre el Magreb y del peligro que podían suponer para sus propios intereses. Y, en segundo término, cabe interpretar las negociaciones con Francia

⁴⁰ En el caso de la Segunda República, véase EGIDO, M. A., “Las reivindicaciones españolas sobre Tánger durante la II República: cuestiones políticas y debate ideológico”, en *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*. Ceuta, 1988, pp. 477-488.

⁴¹ ALCARAZ, I., *Entre España y Marruecos. Testimonio de una época: 1923-1975*. Madrid, 1999, p. 134.

⁴² PENNELL, *Morocco since 1830*, p. 256.

⁴³ MORALES LEZCANO, V., “La cuestión del reajuste de fronteras interzonales en el protectorado hispano-francés en Marruecos”, en *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 6, nº 2, 1985, pp. 359-361.

como fruto de la desconfianza ante lo que pudiera acordarse con Alemania, y sobre todo, como reconocimiento implícito de su autoridad en suelo norteafricano. Consideración esta última que cabría poner en relación con los términos del armisticio de Rethondes o, al menos, con la mediación española en las negociaciones que condujeron a su firma. En otras palabras, el entendimiento diplomático con Francia sólo parece entendible desde su continuidad en la supervisión de los asuntos africanos.

Pero al mismo tiempo, su creciente debilidad en los primeros momentos de la contienda fue calibrado por Franco como una oportunidad para mantener sus exigencias. Pétain había logrado mantener una primera entrevista con Franco, en agosto de 1939⁴⁴, sin que la amistad entre ambos militares lograra disuadir al Jefe del Estado español de sus intenciones. Y lo mismo sucedió durante el segundo encuentro, celebrado en febrero de 1941, tras consumarse la ocupación de Tánger y la transformación de la neutralidad española en no-beligerancia⁴⁵.

Por otra parte, a nivel interno, Franco había recibido un demoleedor informe sobre la precariedad de los medios con los que contaba el Ejército y la incapacidad española para hacer frente a una actuación bélica en el conflicto. Dicho informe, leído por el general Varela durante una reunión del Consejo Superior del Ejército, cuyos miembros parecían tenerse muy en cuenta en las decisiones de Franco, reflejaba la realidad de las fuerzas españolas pero, sobre todo, la preocupación de algunos militares, especialmente Varela y Kindelán, porque los elementos falangistas, que ya gritaban en las puertas de la embajada británica ¡Gibraltar español!, comprometieran aún más la actuación del régimen en el conflicto⁴⁶.

⁴⁴ Sobre el trato dispensado al mariscal, y la creciente preocupación de éste, véanse AVILÉS, "Un país enemigo", pp. 113-115 y PRESTON, Franco, pp. 409-410 y 415.

⁴⁵ BACHOUD, *Franco*, p. 198 y PRESTON, P., *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del Siglo XX*. Madrid, 1997, p. 118.

⁴⁶ PRESTON, *Franco*, pp. 444-446, menciona además los ataques de falangistas a las embajadas de los aliados, así como las reiteradas cartas de protesta porque consideraban que España debía apoyar a los países que la habían ayudado en la guerra civil.

Un signo inequívoco de este último temor fue el *modus operandi* elegido para anexionarse la Zona Internacional. De la misma manera que se había condenado el uso de mehallas jalifianas en el bando nacional durante la guerra civil por considerarlo una participación directa y efectiva de los marroquíes y su Majzen, la decisión de las autoridades coloniales españolas de emplear estas mismas fuerzas para una anexión de tintes imperialistas y en un momento tan delicado para la región, fue criticado por Torres y su partido, quienes veían en esta medida un nuevo intento de legitimación ante la comunidad internacional a través de la participación marroquí.

La Delegación de Asuntos Indígenas había fomentado a través de su política de “hermandad” el sentimiento anti-francés con el que incitaba a los marroquíes a que se levantaran contra sus dominadores. Llegado el momento oportuno (la caída de París), España se “vería obligada a intervenir” en Marruecos para restablecer el orden y salvaguardar la unidad del Imperio. Argumento al que añadieron el hecho de que, al encontrarse en guerra dos de las tres potencias administradoras, sólo España podía garantizar la “neutralidad”⁴⁷.

En torno a este triple vértice: contención de la Falange, oportunismo ante la victoria alemana y utilización de tropas marroquíes para evitar posibles represalias, se inscribió la anexión de Tánger, que también llegó a ser justificada en términos de reunificación territorial:

*“Las aspiraciones españolas están aliadas a las del nacionalismo marroquí, que sostiene como principios indiscutibles los de unidad del Imperio xerifiano. (...) Si pudieran concretarse geográficamente las tierras de África sobre las que la mirada española está fija, enumeraríamos al Magreb entero.”*⁴⁸

⁴⁷NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, p. 85 y MOHA, É., *Les relations hispano-marocaines. Deuxroyaumesauxmultiplesaffinités*. París, 1994, p. 93.

⁴⁸ CORDERO TORRES, *La misión africana*, p. 94.

De esta forma, el 14 de junio, tres días después de la entrada de Italia en la guerra, España tomaba la zona internacional de Tánger por medio de 4.000 soldados pertenecientes a las tropas indígenas⁴⁹. Una anexión que, aún contraviniendo el derecho internacional, supo aprovechar la convulsión provocada por el conflicto mundial, como reconocía el propio Beigbeder, y con el que el Caudillo parecía reconciliarse con los falangistas, quienes le hicieron llegar a través de algunas de sus organizaciones, telegramas de agradecimiento “por haber devuelto África a España.”⁵⁰

En esta misma línea, Arqués presentaba la actuación española en los siguientes términos: “Que no se culpe a España, porque es mentira, de que aprovechó la ocasión para arrojarse sobre los despojos de nadie. España no ha hecho sino recobrar, un poco tardíamente, su puesto legítimo. Y ya está donde debía estar, con más derecho que los otros, que no tenían ninguno.”⁵¹

Si para España suponía un hito histórico, para Marruecos constituía una nueva invasión española del territorio marroquí, lo que motivó que, a finales de 1940, los nacionalistas expresaran al cónsul alemán su preocupación por las ansias hegemónicas de España en Marruecos⁵². De hecho, frente a titulares del tipo “Tánger es española”⁵³, Wazzani replicaba: “Tánger no es de Francia ni de España, es marroquí por su naturaleza y su espíritu, por su geografía y por la sangre de su pueblo.”⁵⁴ Otros nacionalistas, como Tanyi, el tangerino Guennún o Torres, se expresaron en los mismos términos. Este último titulaba uno de sus artículos: “No admitimos ni un sólo palmo”, en alusión a que Tánger, como el resto del Imperio, pertenecía a Marruecos y no a las potencias extranjeras⁵⁵.

⁴⁹ SUEIRO, “España en Tánger”, p. 136. Por su parte, MERROUN, *Las tropas marroquíes*, p. 215, da la cifra de 3.600.

⁵⁰ PRESTON, *Franco*, pp. 449- 450.

⁵¹ ARQUÉS, *El momento de España*, p. 103.

⁵² WAZZĀNĪ, T., *Tā'rīj al-Magrib*. Tetuán, 1940, p. 240.

⁵³ Periódico *España*, 19 de julio de 1940.

⁵⁴ WAZZĀNĪ, T., en el periódico *al-Ḥurrīya*, 24 de julio de 1940, p. 1. Traducción propia.

⁵⁵ TŪRRĪS, A., en el periódico *al-Ḥurrīya*, 27 de julio de 1940, p. 1. Traducción propia.

España hizo caso omiso de estas declaraciones y continuó presentando la ocupación en la línea de la Cruzada contra el infiel, ahora la “hermandad” restituía el imperio hispano-árabe en suelo africano. La gendarmería fue sustituida por una mehala jalifiana en la ciudad y por una mejaznía en la zona rural. Se iniciaba un proceso de “españolización” de la Zona internacional⁵⁶ que, a pesar de contemplarse como algo gradual, originó no poca confusión y un notable caos administrativo. La estupefacción y los recelos de los ciudadanos británicos, exiliados españoles y otras comunidades de europeos habituadas a la idiosincrasia del régimen internacional fue grande, pues veían ahora impuesta, entre otros mecanismos de control, la censura de prensa⁵⁷ en medio de un ambiente abiertamente aliadófilo. Para los españoles, se trataba de acabar con el llamado régimen internacional, que no era sino “una monstruosa maquinaria administrativa montada para disimular el predominio francés.”⁵⁸

Una de las actuaciones más significativas en este sentido fue, el 21 de marzo de 1941, la expulsión del *mendub* nombrando en su lugar al bajá de la ciudad, Sidi el Arabi b. Muhammad Temsamani, como máxima autoridad a todos los efectos (político-administrativos, jurídico y militar), bajo la dependencia directa del Gran Visir, es decir, supeditado al Jalifa de la zona española, Muley Hassan b. el Mehdi, y no al Sultán. Ese mismo mes, el Mehdi realizaba su primera visita oficial en compañía del alto comisario, Asensio Cabanillas. Y en los meses siguientes fueron eliminándose las pocas instituciones de la antigua administración que aún quedaban en vigor. Paso a paso, las autoridades españolas se dedicaron a un sistemático ataque y destrucción de los intereses franceses y en menor medida, británicos.

La Zona se convirtió en un auténtico hervidero de espías, con el consulado alemán como centro de operaciones del espionaje y propaganda política del Reich. De forma que, mientras ésta se hacía

⁵⁶ Para un análisis de la administración española durante este período, véase HERNANDO DE LARRAMENDI, M., “Tánger durante la ocupación española, 1940-1945”, en *Actas del Congreso internacional El Estrecho de Gibraltar*. Madrid, 1988, pp. 571-582.

⁵⁷ Sobre la prensa en este período, véase SUEIRO, “España en Tánger”, pp. 143-145.

⁵⁸ CORDERO TORRES, J. M., “El concepto español del Protectorado”, en *Labor de España en África (Conferencias organizadas por la sección informativa de Economía Marroquí de Barcelona)*. Barcelona, 1946, p. 253.

sin cortapisas y los Camisas Negras organizaban, junto a la Falange, actos políticos, la propaganda británica tendió a ser discreta. Entre otros motivos, debía solventar la censura de las autoridades españolas, por lo que su distribución se realizaba a través de canales privados e incluso clandestinos, como una emisora de radio destinada a vigilar los movimientos de las tropas⁵⁹.

La anexión suponía un cambio en la posición internacional del régimen, pues la permisividad de las actividades germanófilas en la ciudad y su *hinterland* fue entendida como inequívoco gesto de una inminente pre-beligerancia. En dicha tesitura, el gobierno británico optó por la “resignación táctica”⁶⁰, la aceptación de una política de hechos consumados, siempre y cuando se evitara que el régimen de Franco sucumbiera ante las presiones de Berlín y se posicionara como germanófila⁶¹. Asimismo, el gobierno de Vichy y la Residencia de Rabat estimaron esta actuación como la menos dañina dentro de las soluciones que podrían arbitrarse en la guerra para el estratégico enclave marroquí⁶².

La actitud un tanto titubeante de Gran Bretaña con respecto a Madrid resultaba más que comprensible teniendo en cuenta el reciente desastre de Dunkerque y el efecto que podría provocar, para el control del Estrecho, una España beligerante pro-Eje. En cualquier caso, podría afirmarse que el acercamiento británico al régimen y su connivencia en algunas de sus aspiraciones, incluyendo la administración tangerina, se mantuvo, más o menos formalmente,

⁵⁹ NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, pp. 107 y 172.

⁶⁰ MORALES LEZCANO, “La cuestión del reajuste”, p. 374.

⁶¹ Para un análisis pormenorizado sobre esta cuestión, véanse SUEIRO, S., “Sueños de imperio. Las pretensiones territoriales españolas en Marruecos y la diplomacia británica durante la Segunda Guerra Mundial”, en TUSELL, J. et al. (eds.), *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, 1993, pp. 299-320 y FERNÁNDEZ-LONGORIA, M., *La diplomacia británica y el primer franquismo. Las relaciones hispano-británicas durante la Segunda Guerra Mundial*. UNED, 2007.

⁶² Sobre las relaciones de Vichy con el régimen franquista, véase AVILÉS, J., “Vichy y Madrid: Las relaciones hispano-francesas de junio de 1940 a noviembre de 1942”, en *Espacio, Tiempo y Forma, serie V*, nº 2, 1989, pp. 227-240.

hasta la operación *Torch*. De esta forma, y frente a sorpresa francesa⁶³, la actuación española se consideró como un mal menor dentro del escenario bélico que amenazaba las costas norteafricanas.

Entretanto, la situación económica era preocupante para España y su protectorado, aunque gracias a la “goodpractical propaganda” británica⁶⁴, como era definida la ayuda dispensada a Tánger, parte de la cual podía ser canalizada al resto del territorio marroquí controlado por el régimen franquista⁶⁵. A esta ayuda se sumaría la prestada por los Estados Unidos, quienes exigieron, al igual que los británicos, que se supervisase la entrega para evitar que cayeran en manos de las potencias del Eje⁶⁶. Al igual que sucedía en la Península, la ayuda económica se usó como medio de persuadir a España de que no entrase en la guerra.

Los efectos de esta situación se sumaron al por el tono expeditivo del cónsul alemán en Tánger, quien en 1942 fue relevado de su cargo para evitar nuevas fricciones⁶⁷. Una reacción a la que contribuyó la actuación del embajador británico en Madrid, el conservador Sir Samuel Hoare, cuya actuación algunos interpretan como definitoria de la cercanía personal al régimen franquista y en consecuencia no precisamente coincidente con las líneas políticas delimitadas por el Foreign Office⁶⁸. Si por un lado presionaba con las posibles maniobras de la Special Operations Executive (SOE)⁶⁹, por el otro, manifestaba el compromiso británico a reformular la frontera hispano-francesa en Marruecos, lo que implicaba una rectificación del

⁶³ AVILÉS, “Un país enemigo”, pp. 112-113, NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, p. 84 y PRESTON, *Franco*, p. 410, entre otros, coinciden en mencionar la ingenuidad de Pétain al minusvalorar las ansias expansionistas de Franco. Por lo que respecta a Gran Bretaña, como señala SUEIRO, “España en Tánger”, p. 136, n.5, consideraban que Madrid no se atrevería a realizar la anexión ante el peligro de que Francia atacara su retaguardia y acabara tomando Tetuán.

⁶⁴ PENNELL, *Morocco since 1830*, p. 258.

⁶⁵ MORALES LEZCANO, *España y el Norte de África*, p. 195.

⁶⁶ TORRES GARCÍA, A., *Limitaciones de una política exterior norteamericana. Sindicalismo y nacionalismo en Marruecos (1956-1959)*. Sevilla, 2003, p. 26.

⁶⁷ SUEIRO, “España en Tánger”, pp. 144-146 y 157.

⁶⁸ TUSELL Y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini*, p. 151.

⁶⁹ PENNELL, *Morocco since 1830*, p. 257.

trazado a favor de las pretensiones franquistas⁷⁰. Y de hecho, esta segunda actitud mucho más conciliadora generó ciertas dudas a París sobre el futuro de sus colonias norteafricanas⁷¹.

4.- Operación militar frustrada y acuerdo sobre Beni Zerual (1940)

Para España, Tánger significaba el comienzo del imperio africano, pero la realidad distaba mucho de estos propósitos. Días después de la ocupación se firmaban los armisticios franco-alemán (20 de junio) y franco-italiano (24 de junio), de los que España actuó como intermediaria. Todo ello se traducía en el final del sueño imperial, pues la posibilidad de que España acometiera, con ayuda del Eje (su única opción dada la situación de su Ejército y la más que probable oposición armada que presentaría la Residencia General), la anexión del protectorado francés, se había desvanecido para siempre. No así en la percepción del Jefe del Estado, que continuaba empeñado en mantener sus veleidades africanas⁷². Autores como Preston sostienen que “Franco no había percibido la importancia a largo plazo del armisticio de Hitler con Francia. No comprendía que ello había cerrado las puertas a sus esperanzas de heredar partes sustanciales de los territorios franceses del norte de África.”⁷³

Independientemente de lo acertado de esta consideración, lo cierto es que la escasa reacción internacional a anexión de Tánger constituyó un decidido impulso a la expansión por el Marruecos francés. Para ello volvían a necesitar la logística alemana y la implicación marroquí.

Concebida por Beigbeder, en la operación militar participarían las fuerzas del Sáhara y SidiIfni, además de las existentes en el Protectorado. Según se le había comunicado al Jalifa, la intención era

⁷⁰SUEIRO, *Sueños de imperio*, p. 314.

⁷¹ Véase al respecto la actuación de Beigbeder frente al Foreign Office en MORALES LEZCANO, “La cuestión del reajuste de fronteras”, pp. 366-369.

⁷²GARCÍA PÉREZ, R., “El sueño irrealizable: la ambición imperialista del franquismo”, en TUSELL, J. et al. (eds.), *El régimen de Franco (1936-1975): política y relaciones exteriores*. Madrid, 1993, pp. 287-298.

⁷³PRESTON, *Franco*, p. 459.

la ocupación de todo Marruecos, tras la cual se otorgaría una amplia autonomía al Imperio y se convertiría al jalifa en el nuevo Sultán⁷⁴.

Dejando a un lado esta última consideración, contraria a las tesis nacionalistas, la autonomía constituyó un reclamo fundamental para movilizar a los marroquíes: “Queríamos la autonomía con la esperanza de extenderla al resto de Marruecos cuando sobreviniera la guerra europea. Es entonces cuando el nacionalismo quiere valerse de Alemania: la ayuda alemana para invadir la zona sur desde el norte y desde Saquia el Hamra.”⁷⁵

Esta promesa de amplia autonomía, rescatada de la guerra civil, volvería a ser empleada por las autoridades coloniales para contemporizar con el nacionalismo de los años cincuenta, en una actitud tan anacrónica como ineficaz, que revelaba la carencia de visión política del franquismo con respecto a la cuestión africana.

Respecto al proyecto, fue abortado al no contar con el beneplácito de Alemania, a la que se le planteaba un serio contratiempo tras negarse el residente general Noguès a ello, circunstancia que podría afectar a la Francia de Vichy⁷⁶.

En los meses sucesivos, el tema de las rectificaciones fronterizas en Marruecos fue abordado bilateralmente por los gobiernos de Francia y España. La negativa francesa a admitir todo lo que no fuera la administración provisional de Tánger y la devolución del territorio de los Beni Zerual (ocupado por Francia en 1925 aprovechando la mala delimitación de la zona fronteriza en el tratado de 1912), dejaba a los representantes españoles con un escaso margen de maniobra.

Sin el apoyo de Alemania, las reivindicaciones franquistas no tenían posibilidad alguna de prosperar. Y para entonces, Hitler había

⁷⁴TUSELL, J., *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial: entre el Eje y la neutralidad*. Madrid, 1995, p. 115.

⁷⁵Muhammad IbnAzzuzHakim en MORALES LEZCANO, V., *Diálogos ribereños. Conversaciones con los miembros de la elite marroquí*. Madrid, 2002, p. 253.

⁷⁶TUSELL Y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini*, pp. 103-105.

sopesado las ventajas de mantener la colaboración francesa en detrimento de la baza española. Era conveniente para el Eje que Vichy conservara sus dominios en África del norte, cuya conquista, en caso de que pasaran a manos de De Gaulle, exigiría una difícil operación. Frente a esta opción, la beligerancia española habría permitido la ocupación de Gibraltar⁷⁷, pero el contraataque de los británicos en Canarias habría dificultado la defensa del norte de África⁷⁸. A ello habría que unir una debilidad militar que poco podría reportar al Eje.

Inmersos en esta dinámica, los franceses decidieron actuar de manera salomónica y ganar así tiempo. El 5 de julio accedían a ceder Beni Zerual a España con dos condiciones: que la entrega se realizara al terminar la contienda y que Madrid renunciara a cualquier pretensión sobre cualquier territorio francés en África⁷⁹.

Llegados a este punto, convendría colegir que la mediación de España en las negociaciones franco-germanas no le había reportado beneficio alguno; que su posición frente a Francia se debilitaba debido a los intereses alemanes y al viraje del conflicto que iba a tener lugar con la operación *Torch*; y que lejos de adoptar una posición más realista respecto a su papel en la contienda y en el Norte de África, las veleidades imperiales permanecieron incomprensiblemente vigentes en la mente del dictador y en el discurso africanista.

5.- El principio del fin: La Operación Torch

La contienda continuaba en el otoño de 1942, aunque, para entonces, los aliados sopesaban la posibilidad de un desembarco anglo-americano en las costas norteafricanas con el objetivo de atacar al frente que parecía ser el más débil de Alemania en esos momentos. En este contexto, tanto norteamericanos como británicos, se

⁷⁷ Véase PETTENGHI ESTRADA, J., “Los escaladores en el plan ‘Muñoz Grandes’ para recuperar Gibraltar”, en *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1988, t. III, pp. 583-588.

⁷⁸ Sobre la reacción británica ante la ocupación de Tánger y un eventual ataque a Gibraltar, véase PORTERO, F., “Gibraltar en la política de seguridad británica”, en *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta, 1988, t. III, pp. 589-608.

⁷⁹ PLANELLS, A., *Pétain, De Gaulle y Franco*. Madrid, 2012, p. 168.

percataron de la posible interferencia que podría suponer el Marruecos español en los planes aliados.

Aunque el período clave para que España se hubiera declarado beligerante había transcurrido en los dos años anteriores, aún en estos momentos cabía la posibilidad de que España entrara en guerra. Y ante esta hipótesis, la seguridad norteamericana contrastaba con la preocupación inglesa. Si los primeros se mostraban convencidos de que el ejército español del Protectorado carecía de medios y, por tanto, se les podría hacer frente sin excesivas dificultades⁸⁰, los segundos eran conscientes de que, en esas circunstancias, el Eje atacaría Gibraltar. De ahí que Hoare propusiera aceptar una posible invasión española del protectorado francés si esto significaba la desvinculación de las intenciones italo-germanas, mientras Eisenhower sólo aceptaba la ampliación española hasta el Wargá⁸¹.

La posición española continuaba siendo relevante para el desarrollo de las operaciones en la región. Al mismo tiempo, el régimen franquista se mostraba ahora mucho más cauteloso con los aliados, conscientes del debilitamiento del Eje y de las posibles repercusiones económicas del conflicto. Recordemos que aún debía enfrentarse al pago de la deuda contraída con Alemania e Italia.

En esta coyuntura, ambas partes llegaron a un acuerdo diplomático. España permitiría el desembarco y los aliados respetarían los intereses y posesiones españolas. No obstante, en el caso de que el régimen franquista decidiera entorpecer o boicotear la maniobra militar, Eisenhower contaba con el llamado Plan *Backbone*, que se ejecutaría también en el caso de una posible invasión nazi de la Península⁸², una posibilidad que habría trasladado el frente del conflicto mundial a suelo español. Los recelos eran mutuos, pues en Madrid se temía que la maniobra militar aliada estuviera acompañada de un ataque a Canarias o a la Península con el objetivo de

⁸⁰ TUSELL, “El problema de Marruecos”, pp. 350-351.

⁸¹ MARQUINA, A., *España en la política de seguridad occidental (1939-1986)*. Madrid, 1986, pp. 65 y 72.

⁸² MARQUINA, A., “El Plan Backbone. España, bajo dos amenazas de invasión”, en *Historia 16*, nº 79, 1992, pp. 11-22.

salvaguardar Gibraltar y cubrir la retirada de las fuerzas desembarcadas⁸³.

A pesar de las inquietudes generadas, el desenlace de la operación transcurrió según lo previsto: no se atacó posición española alguna, y el régimen permitió la llegada de tropas aliadas a las costas norteafricanas. El desembarco anglo-norteamericano en Marruecos, Argelia y Túnez, en noviembre de 1942, modificó la correlación de fuerzas en el norte de África e impulsó el viraje del conflicto internacional, haciendo cambiar el signo de la guerra.

Esta situación dibujaba un nuevo escenario regional e internacional, al que el gobierno español debía adaptarse mediante un progresivo acercamiento a los aliados. También abría un horizonte de esperanza al movimiento nacionalista en el norte de África. Si la operación *Torch* escenificaba el cambio en la evolución del conflicto, hasta ese momento favorable para el Eje, el encuentro entre Roosevelt y Muhammad V en Anfa, en 1943, simbolizaba el resurgir del nacionalismo marroquí y de sus reivindicaciones de independencia. La Carta Atlántica, documento suscrito el 12 de agosto de 1941 por Estados Unidos y Gran Bretaña en la que se defendía el derecho de autodeterminación de los pueblos, había supuesto un notable impulso a los movimientos nacionalistas de todo el mundo, entre ellos el marroquí.

En este contexto, España había reulado desde 1941 sus posiciones, excesivamente inclinadas hacia el Eje dentro de la pugna interna entre falangistas y militares monárquicos, y comenzaba, ya en 1942, su particular catarsis en busca de una imagen más favorable para los que podrían alzarse ahora como inminentes vencedores de la contienda. A este cambio contribuyó notablemente el nombramiento de Gómez-Jordana, cuya reputación y sentido común sirvió para “aportar un elemento de prudencia en la política exterior española del que había carecido en los tres años anteriores.”⁸⁴ Y no sólo en política exterior: Jordana supervisó también los editoriales de los periódicos

⁸³ NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, pp. 202-203.

⁸⁴ PRESTON, *Franco*, p. 587 y TUSELL, J., “Los cuatro ministros de asuntos exteriores de Franco durante la Segunda Guerra Mundial”, en *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V*, nº. 7, 1994, p. 341. Éste último añade un elemento especialmente destacable de su personalidad: su falta de interés y de ambición política (p. 143).

para frenar la germanofilia y el irredentismo expansionista que resumaban⁸⁵.

A partir de este momento, y tras comenzar a sufrir las consecuencias de la reducción de exportaciones de petróleo por parte de británicos y norteamericanos, una frenética actividad diplomática española protagonizada por dos anglófilos destacados, el Duque de Alba y Gómez-Jordana, se concentraba en estrechar vínculos con los aliados. Comenzaba una nueva etapa caracterizada por el ejercicio de una política de resistencia ante las presiones de ambos bandos, en un denodado esfuerzo por mantener la neutralidad.

Dichos esfuerzos tuvieron que realizarse también a nivel interno, pues el desembarco anglo-norteamericano en un territorio que, algunos sectores franquistas consideraban español, especialmente los falangistas, constituía desde su punto de vista “una afrenta intolerable”⁸⁶. Personajes tan destacados como Castiella, delegado de Falange Exterior, abogaban por una inmediata entrada de España en la guerra. Franco secundó la posición de Jordana pero aún así, hasta finales de noviembre de 1942, la actitud defensiva de las tropas del Protectorado hacía mantener las sospechas de un posible abandono de la neutralidad.

Finalmente, en un gesto conciliador y sumamente pragmático, el 6 de diciembre el Ministerio de asuntos Exteriores autorizaba la apertura de dos consulados norteamericanos: uno en Ceuta y otro en Tetuán. Un gesto que fue interpretado por Hitler como muestra evidente de que España ya no actuaría contra los aliados. Con ello se descartaba cualquier pequeña posibilidad que aún existiera de la participación española en un futuro reparto de África mientras los africanistas del régimen continuaban convencidos de la viabilidad de su sueño imperial⁸⁷.

La posición española tras el desembarco era bastante incómoda. Se había perdido la oportunidad de atacar el protectorado

⁸⁵ TUSELL Y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini*, p. 173.

⁸⁶ NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, p. 206.

⁸⁷ RIUDOR, L., “Sueños imperiales y africanismo durante el franquismo (1939-1956)”, en Nogué, J. y Villanova, J. L. (eds.), *España en Marruecos. Discursos geográficos e intervención territorial*. Lleida, 1999, pp. 249-278.

francés, los aliados eran demasiado poderosos como para intentar una maniobra militar, y Alemania no había mostrado apoyo alguno en los anhelos expansionistas del régimen. Por otra parte, la operación *Torch* había supuesto un importante cambio en el signo del conflicto, cuyos efectos comenzarían a vislumbrarse. Ya en este momento, Carrero Blanco, convertido en la mano derecha del dictador, empezaba a barajar la posibilidad de pactar con los aliados⁸⁸.

Entre las medidas adoptadas en este sentido, Gómez-Jordana se comprometió, en febrero de 1944, a suprimir con carácter inmediato el consulado alemán en Tánger, a expulsar a los agentes alemanes del Marruecos español y a evitar cualquier actividad de espionaje o sabotaje del Tercer Reich en el territorio español⁸⁹. No obstante, las exportaciones de volframio continuarían realizándose, si bien en cantidades menores de las acordadas con el gobierno alemán⁹⁰.

Los efectos de la drástica reducción de petróleo aliado acuciaron en los meses siguientes, hasta el punto de forzar a Franco a firmar una serie de acuerdos. En virtud del primero, rubricado el 2 de mayo de 1944, Estados Unidos y Gran Bretaña reanudarían las exportaciones a cambio de una reducción de exportaciones españolas de volframio, la clausura del consulado alemán en Tánger, la retirada de las unidades españolas que quedaban en el frente ruso y la expulsión de los espías alemanes de España.

A pesar de este primer convenio, a finales de mayo los ataques a aviones estadounidenses por las baterías anti-aéreas en el Marruecos español llevaron a nuevas actuaciones en el ámbito militar, concretadas en dos nuevos tratados. Este último hecho se explica por la situación imperante en el Protectorado, que podría calificarse de alarmante. La amenaza de una agresión francesa sobre el Marruecos español, aducida con anterioridad para justificar las ansias expansionistas del régimen, volvía a plantearse ante el peligro de un virtual ataque aliado en el caso de que el Eje fuera derrotado en Túnez.

⁸⁸ TUSELL, *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial*, pp. 365-366.

⁸⁹ TUSELL, "Los cuatro ministros", pp. 337-342.

⁹⁰ PRESTON, *Franco*, pp. 634-635.

Tanto la prensa africanista de la época como los informes emitidos por las Intervenciones y los servicios de Seguridad de la Alta Comisaría insistían en la amenaza que se cernía sobre el Protectorado español. Una situación que el desarrollo de la contienda contribuía a alimentar, con la ayuda del Duce y sus teorías conspiratorias contra Franco, en las que incluía la colaboración de los exiliados españoles con los aliados⁹¹.

De nuevo, la actuación de Gómez-Jordana imprimió cordura frente a la histeria generada en el Protectorado y colonias españolas. En enero de 1943, el ministro enviaba una serie de instrucciones destinadas a aplacar los ánimos y a mejorar la imagen española ante los aliados. Además de distribuir los discursos del ministro de Exteriores, en los que mostraba una actitud inequívocamente neutralista, se difundió entre la población indígena que España quería mantenerse neutral, pero que, en caso de ataque, disponía de material bélico suficiente como para hacer frente a cualquier agresión, lo que no era cierto.

Asimismo, la designación de Orgaz como interlocutor directo para temas referentes a Marruecos abrió la puerta a una serie de encuentros diplomáticos protagonizados por los norteamericanos con la connivencia británica. El primero de ellos, el 4 de enero de 1943 entre el alto comisario y el general Patton, se saldó con un acuerdo para el intercambio de información militar entre los dos protectorados, evitando así las suspicacias inferidas de movimientos de tropas en sendos territorios. Meses después, en junio, tenía lugar la visita del general Clark, que fue correspondida por Orgaz al acudir a la zona francesa, en presencia de Noguès. Estos contactos con los norteamericanos se intensificaron en todos los niveles, hasta el punto de convertirse en el principal proveedor del Marruecos español⁹².

Entretanto, a la estrepitosa derrota alemana en Stalingrado, en febrero de 1943, le siguió la pérdida de las últimas posesiones del Eje en el norte de África. El régimen franquista actuó en consecuencia, y las declaraciones neutralistas se multiplicaron. Asimismo, la destitución de Mussolini, cuyo efecto en la Falange resultó devastador

⁹¹ TUSELL Y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, *Franco y Mussolini*, pp. 187-188.

⁹² SUEIRO, "España en Tánger", p. 150.

(por no mencionar lo que supuso para el dictador, que sin duda sopesaría las posibilidades de que le pudiera suceder lo mismo con su cúpula dirigente), unida al profundo anti-comunismo de Churchill influyeron también en el cambio de rumbo de la política española. El 1 de octubre de 1943, Franco anunciaba que España recuperaba la condición de país neutral⁹³.

No obstante, a principios de 1945 España seguía permitiendo en Tetuán, Ceuta y Melilla la actividad de agentes alemanes, que continuaban informando a Berlín de los movimientos aliados en el Estrecho y en el Norte de África⁹⁴. Esta actuación chocaba con los acuerdos firmados en 1944 por los que España se comprometía a dismantelar toda la red de espionaje nazi establecida en Tánger mediante la clausura de su consulado. De forma que, lo único que se hizo fue trasladar a los agentes a otras zonas del protectorado español, donde se cooperó con el Eje hasta el último momento. Prueba de ello es que Madrid sólo rompió relaciones diplomáticas con Berlín el 8 de mayo de 1945, el mismo día de la rendición incondicional de Alemania.

Pero al mismo tiempo, y como contrapartida a la postura transigente de británicos y norteamericanos, se hicieron otros gestos de gran calado. Entre ellos, la desmovilización de las tropas en el Protectorado y el compromiso de permitir a los aliados sobrevolar el espacio aéreo del Marruecos español⁹⁵.

Estos últimos acuerdos rubricaron la nueva posición española que, al igual que durante la etapa anterior pro-Eje, suponía una violación de la neutralidad, además de una evidente contradicción con las consignas germanófilas que todavía continuaba difundiendo el régimen, por lo que, siguiendo una política de pragmática dualidad, se trató por todos los medios de ocultar estas actuaciones favorables a los aliados⁹⁶ en las que, de nuevo, la Zona de protectorado y las colonias tuvieron una presencia destacada.

⁹³ PAYNE, S., *El régimen de Franco*. Madrid, 1987, p. 344.

⁹⁴ TUSELL, *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial*, p. 352.

⁹⁵ NERÍN Y BOSCH, *El imperio*, p. 256.

⁹⁶ TUSELL, *Franco, España y la Segunda Guerra Mundial*, p. 553.

De esta forma, también el discurso de los africanistas fue desdibujándose paulatinamente. Gestos como la conversión de la revista *África* en publicación bimensual, a partir de septiembre de 1944, evidenciaban la progresiva pérdida de interés en los asuntos africanos. La experiencia traumática de la restitución del estatuto internacional de Tánger podría considerarse como “el certificado de defunción de la quimera africana”⁹⁷.

De hecho, la creación en 1945 del Instituto de Estudios Africanos (IdEA), no hacía sino confirmar que las ilusiones en torno al exiguuo imperio africano iban a quedar limitadas a las actuaciones de este organismo, que fue adscrito al Consejo Superior de Investigaciones Científicas para dotarlo de un “fino barniz académico”⁹⁸. El africanismo quedará limitado a partir de entonces, a actuar como propaganda interior y a ejercer como elemento cohesionador de la casta militar africanista.

La vigencia del IdEA aún como reducto del africanismo trasnochado (1945-1976) puede considerarse meritoria, habida cuenta de la coyuntura histórica en la que tuvo que desenvolverse. El discurso irredentista fue sustituido por el de una España neutral y resueltamente anti-comunista, cristiana y europeísta, en el que su antigua germanofilia debía entenderse en términos coyunturales de lucha global contra Rusia y el comunismo. En otras palabras, el acercamiento a Gran Bretaña y Estados Unidos conllevaba el olvido de las argumentaciones africanistas de antaño.

En esta línea de política exterior se inscribió la sustitución de Orgaz por Varela al frente de la Alta Comisaría. La francofobia del primero se compensaba ahora con la disposición del gaditano a estrechar vínculos con los franceses, quienes acogieron con gran aceptación el nombramiento del bilaureado general. La designación no sólo favorecía la política pro-aliada del régimen, sino también la situación del propio Franco, que trasladaba a un puesto de prestigio a

⁹⁷ NERÍN Y BOSCH, El imperio, p. 262.

⁹⁸ DARIAS DE LAS HERAS, V., “El africanismo español y la labor comunicadora del Instituto de Estudios Africanos”, en *Revista Latina de Comunicación Social*, nº 46, 2002.

uno de sus potenciales rivales, monárquico y crítico con algunas de las actuaciones del Gobierno⁹⁹.

Esta nueva perspectiva contó, como se ha mencionado, con el apoyo de Churchill, quien estimaba un mal menor la dictadura franquista dentro del contexto internacional que se avecinaba. Una opinión que no era compartida por su gabinete, decidido a minar la dictadura. Por su parte, Roosevelt se mostraba partidario de reconsiderar el caso español siempre que su régimen mostrara una actitud más moderada¹⁰⁰. Finalmente, en abril de 1945, el Foreign Office y el Departamento de Estado llegaron a un acuerdo sobre la política a seguir con Franco.

Como telón de fondo, la Conferencia de Yalta (4-11 de febrero, precedente de Potsdam, de la creación de la ONU y del establecimiento de la Guerra Fría, además de la imposición del bloqueo político y económico a España), el Manifiesto de Lausana (19 de marzo, denunciando la ayuda española al Eje y el sistema dictatorial franquista), la Conferencia de San Francisco (25 de abril – 26 de junio, en la que se vetó la inclusión de España como país miembro de la ONU, sustituta de la Sociedad de Naciones), y la Conferencia de Potsdam (17 de julio – 2 de agosto, en la que Attlee y Truman refrendaron los acuerdos anteriores, reiterando la exclusión española de la ONU), situaron a España ante un complicado panorama de posguerra.

Con la conclusión de la segunda guerra mundial acabaron también buena parte de las expectativas que habían acariciado varios países, tanto fascistas como beligerantes y no beligerantes, en cuanto a su expansión y engrandecimiento territorial.

En el caso español, la concepción utópica de sus designios y sus derechos sobre el suelo norteafricanose reflejaba en el hecho de

⁹⁹VELASCO DE CASTRO, R., *Nacionalismo y colonialismo en Marruecos (1945-1951). El general Varela y los sucesos de Tetuán*. Sevilla, 2012, pp. 31-33.

¹⁰⁰ALGORA WEBER, M. D., “El aislamiento exterior de España: las ‘políticas de sustitución’ en el régimen de Franco”, en *Critica Storica-Bolletino A.S.E.*, vol. XXVIII, 1990, p. 883.

que autores como García Figueras ¹⁰¹ y Díaz de Villegas ¹⁰² permanecían aferrados a la ampliación del dominio colonial como última oportunidad de materializar las ambiciones imperiales del régimen.

Pero lo cierto es que, lejos de ampliar dominios, éstos se redujeron con la devolución de Tánger. En virtud de lo dispuesto en Potsdam, el 10 de agosto de 1945 los aliados restituían el Estatuto de 1923 con una serie de significativas modificaciones. Entre ellas, la participación de Estados Unidos y la URSS. Tras solicitar la colaboración española para el traspaso de poderes, que tuvo lugar el 18 de septiembre, el 11 de octubre las tropas jalfianas abandonaban el Tánger internacional. Con esta salida se esfumaba definitivamente el sueño imperial africano del franquismo.

6.- Conclusiones

La Segunda Guerra Mundial fue contemplada por el régimen franquista como una oportunidad para hacer realidad sus veleidades expansionistas limitadas por la hegemonía franco-británica. Sin embargo, la complejidad y multiplicidad de factores que entraron en juego en el conflicto no fue bien calibrado por los responsables políticos españoles, como tampoco sopesaron adecuadamente el limitado alcance de sus posibilidades en términos políticos, económicos y militares.

Las ansias de ampliar los dominios coloniales en el norte de África se concibieron y mantuvieron, en vano, hasta 1945. El espejismo tangerino (1940-1945) constituyó el primer y el último desafío a Francia quien era, a los ojos del Caudillo, el principal causante de los problemas de España. Dejando a un lado los acuerdos puntuales alcanzados entre las autoridades coloniales, en el nuevo orden internacional de posguerra, las relaciones entre ambos países entrarán en una etapa de permanente enfrentamiento durante la cual España sufrirá el ostracismo internacional por su actuación durante el conflicto mundial.

¹⁰¹GARCÍA FIGUERAS, T., *El hecho político de Argel*. Madrid, 1945, p. 509.

¹⁰²DÍAZ DE VILLEGAS, J., *España en África*. Madrid, 1945, p. 25.

Los contactos mantenidos con las autoridades alemanas no fueron lo suficientemente satisfactorios para alcanzar un compromiso que satisficiera a ambas partes, como tampoco para erradicar la desconfianza existente, ni para conciliar intereses a todas luces contrapuestos. La actuación unilateral española en la anexión de Tánger y la instrumentalización de las fuerzas marroquíes para evitar posibles represalias resulta especialmente reveladora. Asimismo, evidencia en clave interna las presiones existentes en el seno del régimen entre sus distintas tendencias y la interacción de ambos planos, el interno del régimen y el exterior sumido en un escenario internacional igualmente convulso.

Una vez más, el objetivo prioritario del franquismo se centró en garantizar su propia supervivencia y en mantener, en la medida de lo posible, las aspiraciones imperialistas en el Magreb.

La realidad fue bien diferente. No sólo no se conseguía ampliar ni un ápice los territorios coloniales en el continente africano, sino que además, su actuación durante el conflicto le llevó a una condena internacional que planteaba nuevos retos al régimen. Aún en esta situación, España salió bien parada de la contienda, fundamentalmente gracias a la actitud alemana y británica. El frente oriental había impedido que Hitler acometiera su proyecto de cruzar la Península para centrar la acción en el Mediterráneo; una opción que hubiera supuesto la ocupación de la Península y el más que probable traslado del frente a suelo español, donde presumiblemente se hubiera producido el desembarco aliado. De igual modo, Hitler había considerado que España le resultaba más útil bajo su aparente neutralidad que con una activa beligerancia, lo que evitó su participación activa en el conflicto bélico. Y, finalmente, la connivencia británica favoreció que el régimen franquista sobreviviera a una complicada situación internacional, a su enfermiza germanofilia y a su megalomanía imperial.

La idea de que los aliados procederían a un nuevo reparto colonial en el que, según los más nostálgicos, España lograría finalmente ampliar sus posesiones magrebíes dio paso al mantenimiento de una posición anacrónica respecto a la vigencia del protectorado marroquí y del resto de posesiones africanas. Este inmovilismo obstaculizó considerablemente el posterior proceso de

Rocío Velsaco de Castro/ Marruecos, sueño colonial del franquismo

descolonización e impidió que España alcanzara posiciones más ventajosas en la redefinición de las relaciones bilaterales. El sueño imperial del franquismo acabó transformado en pesadilla con Ifni y el Sáhara como principales exponentes.